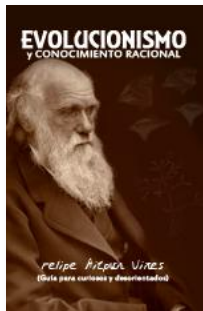


Felipe Aizpún Viñes, *Evolucionismo y conocimiento racional. (Guía para curiosos y desorientados)*, OIACDI; EE.UU., 2010. Reseña.



La obra comentada supone un inmenso trabajo de análisis y discusión sobre los argumentos a favor y en contra del evolucionismo. El libro demuestra un conocimiento profundo de la literatura científica sobre los orígenes de la vida y del hombre publicada en los últimos decenios. Se trata de una obra extraordinariamente documentada y completamente actualizada donde comparecen autores clásicos de diversas escuelas evolucionistas, así como otros modernos e incluso de reciente aparición. Sus 622 páginas están distribuidas en 21 capítulos que analizan básicamente los siguientes problemas: el darwinismo, la evolución: hecho o teoría, los prejuicios materialistas, el creacionismo, el fundamentalismo, el conocimiento racional, la ciencia y la filosofía, los caminos del razonamiento, el problema del método científico, la nueva biología, el Diseño Inteligente, la evolución y la creación, y la filosofía de la vida.

Evolucionismo y conocimiento racional destaca por ser un compendio de los conocimientos esenciales que permiten valorar el actual estado de la cuestión evolutiva, hasta el punto de que podríamos calificarla como “la Biblia del evolucionismo”. Da la fundada impresión de que ha sido pensada y repensada, y no es obra de urgencia escrita con propósitos de divulgación periodística, sino que sobresale por el acopio de argumentos con que se exponen y critican ordenadamente cada una de las hipótesis evolutivas. Pero no se trata de un libro para especialistas en la materia. A mi juicio, es una obra de alta divulgación, orientada hacia un público amplio con formación biológica y filosófica, que dispone de los fundamentos básicos de las disciplinas principales que convergen en el poliédrico problema de la evolución.

La evolución, entendida en un sentido estrictamente biológico, no se presenta como un hecho, sino como una interpretación de los hechos. Efectivamente, ninguna ciencia puede reconstruir fielmente lo que sucedió hace cientos de miles o millones de años, por lo que las denominadas ciencias de la evolución sólo permiten establecer conjeturas y presunciones de cómo ha sido el itinerario evolutivo. De acuerdo con estos presupuestos, el evolucionismo constituye un *prejuicio*, “no necesariamente falso” y una hipótesis insuficientemente consolidada por carecer del respaldo empírico necesario para convertirse *strictu sensu* en una *teoría científica*.

La crítica del paradigma darwinista -y de su reformulación neodarwinista- es suficientemente contundente, difícilmente rebatible, sólidamente implacable. Como muestra Felipe Aizpún, la ignorancia genética de Darwin le impidió dar cuenta de los mecanismos por los que opera la evolución biológica. Pero el neodarwinismo no se encuentra en una situación más ventajosa: su propuesta de combinación de mutaciones favorables surgidas al azar y guiadas y preservadas por la selección natural resulta a todas luces insuficiente.

A juicio del autor, hablando con rigor, el azar no existe nada más que en el pensamiento, no tiene otra realidad que la gnoseológica. Son muchos los factores causales que pueden intervenir en los procesos naturales, y no existe una razón que permita prever qué factores intervendrán en cada caso concreto. La complejidad de la naturaleza hace muy difícil o imposible esa predicción, porque en cada caso particular intervienen factores que pueden estar ausentes en otros casos. Lo que se llama “azar” es la objetivación de la ignorancia que de hecho se tiene de la causa completa de una determinada realidad. Sólo en su relación con una causa parcial es casual un acontecimiento. Por estas razones, el paradigma darwinista -por decirlo en términos kuhnianos- se está demostrando plagado de anomalías, lo que lo convierte en un paradigma en fase de crisis revolucionaria.

La alternativa ofrecida, entre otros, por el profesor Máximo Sandín y por la bióloga Lynn Margulis, aunque con lagunas importantes y aspectos censurables –expuestas en los capítulos 17 y 18 con notable precisión y claridad- podría desbancar a medio plazo el paradigma oficial porque ofrece un relato más coherente de los hechos y porque los factores causales invocados logran explicar de modo más convincente el fenómeno evolutivo.

En la obra se incluye un análisis certero del *naturalismo científico* que pretende reducir el conocimiento válido al conocimiento de las ciencias experimentales. El naturalismo científico constituye la teoría en virtud de la cual los únicos conocimientos válidos son los que se adquieren mediante las ciencias experimentales, y la investigación científica basta para satisfacer las necesidades de la inteligencia humana. De acuerdo con esta doctrina se conforma entonces una absolutización de la ciencia, al tiempo que una injustificada restricción del saber humano que lo reduce exclusivamente al conocimiento científico. Sin embargo, no podemos perder de vista que la ciencia no es el único sistema de obtención de conocimiento. Indudablemente una buena parte de lo que sabemos, y, desde luego, de lo que sabemos hacer, nos llega por vías distintas de la ciencia. Las formas que el hombre tiene de acercarse a la realidad son plurales: desde la herencia genética y las tradiciones, la experiencia personal, hasta el arte, la técnica, la artesanía, la religión, la poesía o la filosofía pueden ser también fuentes de conocimiento de ciertos aspectos de la realidad. En suma, caracteriza al científicismo la pretensión de que todo saber riguroso se limita a las ciencias experimentales. Al reducir toda objetividad a la objetividad propia de los saberes experimentales, no se está en condiciones de advertir que el conocimiento científico-natural es sólo un tramo del conocimiento humano total.

Otra calificación diferente merece, la crítica –a mi juicio cuestionable- de la metafísica tomista y de la fuerza probatoria de sus conocidas Vías. Según el autor, tales argumentos implican la posibilidad de demostrar la existencia de Dios deductivamente, mientras que él se muestra proclive a inferir la existencia de Dios en términos de probabilidad, de acuerdo con un razonamiento abductivo¹ propuesto por Charles Sanders Peirce. Acercarnos a la idea de Dios en términos de probabilidad en vez de en términos de certeza, como correspondería a un proceso deductivo, tendría además implicaciones muy importantes. Así por ejemplo, el discurso de fundamentación de lo moral en Dios sólo cabría en el ámbito religioso de la revelación y nos exigiría un esfuerzo suplementario para encontrar una base exclusivamente racional de lo moral como implicación inevitable en el obrar que se escape de la trampa subjetivista y relativista a la que estaríamos abocados.

En este punto, el autor se muestra parcialmente deudor de la epistemología y de la crítica kantiana de las Vías tomistas. Pero, a su juicio, la crítica kantiana tiene dos pasos que es preciso diferenciar. Por un lado, supone una reflexión en torno al hecho de que el proceso deductivo de un argumento cosmológico es inconsistente ya que supone una identificación del concepto ideal del ser necesario con el ser realísimo, sin que tal “salto” resulte racionalmente admisible. Por otro lado, Kant concluye, equivocadamente, y llevado efectivamente por una limitación epistemológica arbitraria, que las ideas trascendentes son inaccesibles para la razón. Aun siendo certera la crítica kantiana al planteamiento tomista –añade el autor-, la idea de Dios no es ni mucho menos ajena a nuestra

¹ La abducción es un método de razonamiento comúnmente utilizado para generar explicaciones. A diferencia de la deducción, la abducción no garantiza que se puedan lograr conclusiones verdaderas, por lo tanto no es un método sólido de inferencia. En la abducción, se empieza por una conclusión y se procede a derivar las condiciones que podrían hacer a esta conclusión válida. En otras palabras, se trata de encontrar una *explicación* para la conclusión.

condición racional, y la conclusión kantiana de incognoscibilidad no se sigue, en absoluto, de forma necesaria. Lo que es preciso es definir el método adecuado de razonamiento que nos lleva a la idea de una primera causa y su conexión con el conocimiento sensible.

Pero hay que afirmar taxativamente que se trata de algo sencillamente falso señalar que el conocimiento venga dado exclusivamente en función del conocimiento sensible. Esta afirmación implica el rechazo de la abstracción formal y la separación de las cosas en el ser como modos de acceso cognoscitivo a la realidad; y negar esa abstracción y separación es impedir el camino para remontarnos hasta Dios, puesto que no llegaremos a acceder al ser de las criaturas, que se configura y es el camino metafísico para la demostración de la existencia de Dios. No en vano, el Concilio Vaticano I tuvo que definir como verdad de fe, contra el agnosticismo, que el hombre puede con las solas luces de la razón natural demostrar la existencia de Dios a partir de las criaturas.

La obra se sitúa dentro del paradigma del Diseño Inteligente. Desde esta óptica, la inferencia del diseño en el análisis de las especies vivientes es una conclusión enteramente lógica –hay que estar ciego para no verlo- y esta es la causa de que las teorías finalistas, teístas y –recientemente- las del Diseño Inteligente hayan tenido tanto predicamento en los medios de comunicación e incluso en ámbitos científicos y filosóficos, y hayan generado por contra tanta inquina en medios darwinistas, cuyo núcleo básico es el azar mutacional guiado por la selección natural. De todos modos, hay que reconocer que las teorías encuadradas bajo el nombre de D.I. juegan en un doble campo: por un lado, en el terreno estrictamente científico: los trabajos de Behe o de Dembsky sobre la *complejidad irreducible* o la *complejidad especificada* o sus críticas a las explicaciones neodarwinistas son un ejemplo paradigmático en este sentido. Pero, también dichas teorías se adentran en el terreno filosófico cuando postulan la existencia de un Diseñador, como agente causal necesario de ese diseño. Desde este prisma, las teorías de D.I. no se atienen estrictamente al método científico-experimental y pueden considerarse no científicas. Esto no significa que sean falsas porque la verdad no es únicamente la que se obtiene mediante el método científico-experimental. Sencillamente significa que son a la vez científicas y filosóficas.

Al margen de estas consideraciones críticas, *Evolucionismo y conocimiento racional* resulta una lectura obligada si se pretende estar al corriente de las teorías evolucionistas actuales y conocer los argumentos que las sustentan.

Dr. Carlos Javier Alonso

Doctor en Filosofía (Universidad de Navarra), Licenciado en Filología Hispánica (Universidad de León) y Profesor titular del IES Ordoño II de León. Es autor de varios libros de temática científica, incluyendo, *Historia Basica de La Ciencia (Serie Educacion)*; *Tras la Evolucion: Panorama Historico de las Teorias Evolucionistas*; *El Evolucionismo y Otros Mitos: La Crisis del Paradigma Darwinista*; y *La Agonia del Cientificismo: Una Aproximacion a la Filosofia de la Ciencia*